

E S P A C I O A B I E R T O

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

Anne Calmels

La noche de los yakuzas

ANAYA



Capítulo 1

La ciudad desfilaba tras los cristales del tren. Los edificios de cemento robaban la luz del crepúsculo a las tradicionales casas bajas de madera. Los postes eléctricos adornados con guirnaldas de cables tendían su tela a lo largo de las aceras y de la vía férrea. Coches, bicicletas y peatones configuraban un ballet extraño y silencioso, impregnado de una cierta placidez, a pesar de la multitud en movimiento. Kioto siempre sería Kioto, una gigantesca y elegante ciudad de provincia. Mientras más se acercaba el tren a la parada de la estación de Kioto, en el corazón del centro, más se percibía la animación. Era la hora de salida de las oficinas: pronto la estación sería un hervidero de *salarymen** en traje y maletín.

Toshi suspiró y apagó el iPod. El viaje le parecía interminable, estaba impaciente por estirar las piernas y volver a casa. Sabía, sin embargo, que apenas saliera de Kuramaguchi, la estación de metro más cercana a su casa, el aire acondicionado le haría falta. Era difícil

* Todas las palabras seguidas de un asterisco se explican en el Glosario, página 115.

soportar el mes de agosto. Si en todo el país hacía calor, en Kioto la humedad era agobiante. Situada en una hondonada, la ciudad rozaba cada año la asfixia. Todos los que tenían la oportunidad de marcharse en ese período se apresuraban a huir. Los que tenían la suerte de tener vacaciones, y no eran muy numerosos, ponían pies en polvorosa sin pensarlo dos veces. Como todos los años, Toshi había pasado tres semanas en casa de sus abuelos paternos, en el campo. Al aire libre, como decía su madre. No se acordaba de haber roto esa tradición ni una sola vez.

Los hábitos tenían una ventaja: verano tras verano se reencontraba allí a los hijos de los vecinos que tenían más o menos su edad. Se conocían bien y pasaban juntos la mayor parte del día. Era una suerte. Toshi quería mucho a sus abuelos, pero compartir la vida cotidiana con dos personas de edad avanzada tres semanas seguidas era una perspectiva menos estimulante que corretear por el campo y los pueblos de los alrededores con su pandilla de amigos. Realmente, no era el carácter repetitivo de las tareas de la vida de sus abuelos lo que le pesaba más, sino más bien el interés constante, el cuidado incesante que su abuela le prodigaba, y que tejía a veces en la casa una tensión perceptible. Desde la muerte de su padre, Toshi llevaba sobre sus hombros la carga honrosa pero pesada de ser hijo y nieto único. Por el lado de su madre no tenía abuelos ni el asomo de un primo o una prima.

En todo caso, sus abuelos eran adorables, y su madre parecía encontrar a su lado un bienestar afectivo que tal vez le hacía olvidar por momentos que era huérfana desde hacía tiempo y viuda desde hacía cuatro años. A mediados de agosto, se reunía con Toshi para la fiesta de O-Bon, prácticamente eran sus únicas vacaciones en el año. Por supuesto, la fiesta de los

mueritos no era la ocasión ideal para olvidar a los seres queridos que uno había perdido y disfrutar de las vacaciones con la mente despejada. Pero cada vez que Toshi lamentaba que las vacaciones de su madre coincidieran con O-Bon, se preguntaba: ¿por qué olvidar?, y sobre todo, ¿cómo? Perder un marido, perder un hijo, perder un padre. El dolor era cotidiano. Sin embargo, Toshi tenía la impresión de que con el tiempo pensaba con menos frecuencia en el pasado. Las imágenes ya no le sorprendían sin avisar, en cualquier momento del día, creando unos minutos de apnea que lo arrancaban de la realidad. Su madre y sus abuelos también podían esperar que el tiempo suavizara la herida, pero él tenía la suerte de tener, además, el apetito de vivir toda una vida. A veces, Toshi se preguntaba si su familia deseaba sinceramente alejar el duelo de sus pensamientos.

Por fin, la estación de Kioto. Toshi agarró su bolso de viaje y fue uno de los primeros en saltar al andén. Avanzó de prisa, se lanzó en eslalon entre los viajeros sobrecargados con equipajes y se hundió en las escaleras en dirección del metro. Su móvil vibró en el bolsillo de sus vaqueros. Lo cogió mientras seguía bajando los escalones, pero se detuvo brutalmente al leer el nombre que se anunciaba en la pantalla. Un hombre se lo llevó por delante y farfulló una reprimenda. Toshi se apartó. Había creído que era su madre para preguntarle si había llegado bien, pero el nombre anunciado era el de Atsuko. ¡Increíble! Había esperado su llamada todo el verano, y de pronto, en ese instante, lo que había soñado se convertía en realidad. Un milagro en la estación de Kioto. Aunque en ese momento se preguntaba si de verdad se trataba de lo que realmente había deseado más en el mundo. ¿Se puede desear lo que a la vez se teme más en el mun-

do? Miró el nombre con estupefacción, el teléfono seguía vibrando en su mano, pero estaba totalmente petrificado. Su cerebro, así como su brazo derecho y la mano, luego los dedos que se encontraban en su extremo se declararon vencidos de común acuerdo. Cuando logró controlarse, la vibración había cesado.

No supo cómo llegó al vagón del metro sin equivocarse de línea. Atsuko monopolizaba toda su atención. Su nombre, su mirada, su voz, su cuello grácil, y los pelos de su nuca demasiado cortos para domarlos. Soltó un juramento cuando se dio cuenta de que las puertas se cerraban de nuevo en Kuramaguchi. ¡Pssst! Qué imbécil; se había pasado la estación. Rezongó y tuvo que resignarse a apearse en la estación siguiente para coger la línea en sentido contrario.

Tuvo suerte: cuando se apeó en el andén de la siguiente estación, el metro llegaba al andén de enfrente; no tuvo más que pasar del uno al otro sin tener que esperar. Dudó en consultar su contestador para escuchar la voz de Atsuko, pero decidió hacerlo más tarde, cuando estuviera solo, instalado tranquilamente en su cuarto. Trató de imaginar el contenido del mensaje y se preguntó si encontraría algo inteligente o divertido que responder, pero sabía que le costaría trabajo alinear tres palabras coherentes y construir una frase completa.

Kuramaguchi. Se apeó frente a la escalera de salida. Cuando llegó a la calle Kurasuma, la humedad lo envolvió brutalmente. Cogió la primera a la izquierda y se hundió en las callecitas apacibles que conducían a su casa. Le gustaba mucho el atajo sinuoso a lo largo del jardín de un templo y de una casa muy antigua, invadida por la vegetación. Las cigarras habían iniciado su canto infernal, casi ensordecedor. El día terminaba. Toshi saludó a algunos viandantes y apresuró el

paso. Tenía ganas de llegar a casa y beber un vaso grande de refresco, de besar a su madre y de instalarse en su cuarto. Pero le pasó por la cabeza la idea de que tal vez su madre había planeado cenar fuera esa noche. Desde que ambos compartían la vida cotidiana, desde que había finalizado el duelo, eso no sucedía a menudo, una o dos veces al mes. Ella se ponía su kimono de jovencita, decía siempre que estaba muy orgullosa de poder llevarlo a su edad, que «no había cambiado», y Toshi sonreía. Como en un ritual, siempre escogía el mismo, el de flores de loto anaranjadas que realizaban el fondo gris perla. Lo llevaba con un *obi** rojo de estampado negro que contrastaba con los colores del kimono y que anudaba a la manera antigua. Toshi no se ponía un kimono, pero trataba de hacer algunos esfuerzos. Por ejemplo, evitaba llevar unos vaqueros o cualquier otra ropa que pudiera darle una apariencia descuidada. Ella no le hubiera hecho reproche alguno, pero era su manera de respetarla.

A veces Toshi se preguntaba por qué su madre no había ido a vivir a casa de sus suegros cuando enviudó brutalmente a los treinta y cuatro años. La lógica imponía que fuera a casa de sus padres, pero estos habían fallecido. Numerosas camaradas de Toshi vivían con sus abuelos. Era frecuente que tres generaciones cohabitaran bajo el mismo techo. Por el contrario, vivir solo con su madre, era un caso más bien singular. Al punto de que, a veces, Toshi debía justificar la situación ante los demás, que se sorprendían. Por su parte, la situación le parecía totalmente natural y le agradaba mucho, pensaba que el campo era excelente para las vacaciones. Cuando lo criticaban, o sentía confusamente que a alguien la situación no le parecía conveniente, daba justificaciones eficaces. Por una parte, su padre había adoptado «decisiones» en caso

de que desapareciera de una forma prematura para permitirles tener un ingreso estable y suficiente; por otra, su madre tenía un trabajo y deseaba conservarlo para «tratar de olvidar». También dejaba sobreentender que su madre no había deseado que «viviera otro trauma que lo separara brutalmente de sus amistades y su entorno escolar», y que quería que «realizara estudios de buen nivel». Por último, podía esgrimir un argumento inapelable: era «el deseo de su padre y su madre quería respetarlo». Una vez que lo decía, la gente inclinaba gravemente la cabeza y no encontraban nada más que añadir; el destello inquisidor se apagaba en sus ojos y casi se excusaban por haber parecido críticos.

A fin de cuentas, todos esos argumentos eran un poco falsos y un poco ciertos, Toshi era consciente de ello, pero no creía que su madre hubiera decidido vivir sola para protegerlo, y estaba más bien contento de que lo considerara como a alguien responsable. Quizá, por eso la ansiedad y la solicitud exacerbada de sus abuelos a veces lo hacían sentir incómodo.

Una prueba de esta confianza era que, desde hacía dos años, su madre no iba a buscarlo a la estación a su regreso de vacaciones, aunque a esa hora ya hubiera salido de la oficina. La primera vez se había sentido muy orgulloso.

La calle estaba casi desierta. La casa tradicional donde vivía Toshi, totalmente de madera con amplias ventanas correderas y estores, desentonaba en la hileras de casas modernas, en las que todo funcionaba con sistemas electrónicos sofisticados. Los coches estaban casi todos aparcados en los garajes; muy pronto sería la hora de la cena. A una decena de metros, casi frente a su casa, un coche estaba aparcado sobre la acera. Bastante mal, por cierto. Había que reconocer que el

ancho de la calle no dejaba mucho margen a los automovilistas. Un Mercedes blanco. No era el tipo de coche de los habitantes del barrio, que tenían todos autos de marcas japonesas. Las marcas extranjeras quedaban para la mafia. Los yakuzas* adoraban ese tipo de vehículo, ostentoso y muy llamativo, sobre todo con los cristales tintados.

Toshi trató de abrir la verja de madera del patio, pero estaba cerrada con llave. Se sorprendió. Su madre no cerraba nunca esa puerta, el sistema de la cerradura era complicado: había que torcer los dedos para que la llavecita correspondiente funcionara bien, siempre eran necesarios varios intentos para que cerrara. Generalmente se limitaban a entornarla y preferían cerrar la puerta de la casa, que era más moderna, del otro lado del pequeño patio, un espacio intermedio entre la calle y la casa donde estaban aparcadas sus dos bicicletas. Frunció el entrecejo y se preguntó si tenía el duplicado de esa llave en el llavero, que se encontraba en el fondo del bolso. ¿O en un bolsillo lateral? Ya no sabía muy bien... Colocó el bolso en el suelo y comenzó a registrarlo. Simultáneamente oyó abrirse una puerta de coche y sonar un timbre de bicicleta. Volvió la cabeza y alzó los ojos. Un tipo había salido del Mercedes, y tenía una cara que no inspiraba confianza alguna. Y, del otro lado, llegaba la señora Yamamoto, en bicicleta, concentrada en pasar a un hombre que hablaba por un móvil. Toshi maldijo y se apresuró a buscar las llaves, si no las encontraba pronto, le entretendría demasiado. Algunos segundos más tarde, la señora Yamamoto se detuvo a su lado. Llevaba sus eternos mitones blancos, inmaculados, que le llegaban hasta los codos. Aunque el sol se había puesto, aún no había cerrado la sombrilla abierta de su bicicleta.

—Buenas noches, mi pequeño Toshi.

Arrojó una mirada inquisitiva y reprobadora al hombre que se había recostado en el Mercedes y encendía un cigarrillo. Luego la fijó en el rostro de Toshi.

«Su pequeño Toshi» sonrió amablemente rogando al mismo tiempo encontrar sus llaves lo más pronto posible. La señora Yamamoto, la vecina, era una conversadora incorregible. Escuchó su perorata mientras seguía buscando e intercaló breves inclinaciones de cabeza y sonrisas en el monólogo que subía regularmente hacia los tonos agudos, sin escucharla realmente. No eran muy buenas maneras, pero tanto peor: nada de lo que decía la señora Yamamoto figuraba en la categoría de informaciones dignas de interés. Por fin encontró sus llaves, logró abrir la cerradura tras unos cuantos intentos y una concentración infinita, cerró el bolso y se despidió después de hacer varias reverencias que esperaba que compensaran su posible falta de educación.

Toshi cerró la puerta tras él. Salvado... La puerta automática de la señora Yamamoto se cerró poco después con un chasquido breve. Suspiró.

La bicicleta de su madre estaba allí. La puerta de la casa que daba directamente a la cocina estaba abierta. ¿Tal vez su madre, durante su ausencia, había cambiado de costumbres? Toshi entró y puso el bolso en el escalón que separaba la cocina de las habitaciones en el nivel más alto de la planta baja. Dudó entre beber un vaso grande de té frío o ir a besar a su madre. ¡Qué mal hijo! Con una sonrisa, colocó las llaves en la mesa, se descalzó con un gesto hábil sin agacharse y caminó por el tatami*. Al pasar ante la amplia ventana que daba a la calle, saludó brevemente el altar en honor a su padre. Había dos nuevas golosinas y una naranja un poco arrugada, pero no ardía incienso alguno.

—¿*Okasan**?

De seguro se encontraba en su cuarto en la segunda planta. En la cocina no había guiso alguno; sin duda, ella había planeado que fueran a un restaurante. Subió las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡*Okasan!*

Esperó un poco antes de correr los paneles del cuarto de su madre. No entraba allí sino de vez en cuando y esperaba, generalmente, a que ella le autorizara a hacerlo.

No hubo respuesta. Toshi vaciló un momento, imaginó que tal vez descansaba, o que dormía, pero la incongruencia de la situación, la ausencia de signos de que su madre hubiera aguardado su regreso, la puerta de la calle cerrada, el tipo sospechoso del Mercedes, lo hicieron actuar. Tras el panel descubrió una habitación vacía. El futón estaba doblado. Toshi escuchó. Los ruidos de la calle, los ruidos del jardín, la sinfonía de las cigarras. La casa estaba desierta. La idea de que podría encontrar el cuerpo de su madre yaciendo sin vida lo sobrecogió. Jamás había imaginado que un día pudiera encontrar a su madre muerta al regreso de las vacaciones. ¿Y qué más?, ¿no tienes otro plan mejor? ¿Tal vez vas a transformarla en fantasma? Pero ¿cómo se te ocurre?... Aunque se recuperó, de pronto tuvo la sensación de que en la casa flotaba una atmósfera extraña, un poco lenta. Decidió dar un vistazo por todas las habitaciones. Lanzó una última mirada al armario grande donde su madre guardaba la ropa. Cerca del futón estaba el kimono de flores de loto y encima, doblado cuidadosamente, el *obi* rojo.

En el momento en que volvió a cerrar el panel, oyó un ruido de pasos. Un sentimiento alegre de alivio lo invadió, pero solo duró un instante, contaminado inmediatamente por lo extraño de la situación: Toshi re-

tuvo la exclamación que ya estaba lista para brotar de sus labios: «¡*Okasan!* ¡Estoy aquí!». Se quedó inmóvil, sin hacer ningún gesto, retuvo el aliento, como un insecto al acecho, con todos los sentidos aguzados. La estructura antigua de la casa de madera dejaba filtrar cada sonido; esos sonidos que conocía de memoria: crujido, deslizamiento de paneles, gemido del parqué del corredor que conducía a los baños, con vista al jardín, peso de las pisadas en el tatami. Los sonidos que le llegaban eran demasiado numerosos, demasiado ahogados, como si, en vano, quisieran pasar desapercibidos; se sentía la vacilación, la precaución, la torpeza de los movimientos. Lo primero que le vino a la mente fue el tipo del Mercedes.

Toshi se decidió en algunos segundos. La tensión que le anudaba todos los músculos se distendió y reaccionó con la rapidez de un felino y un instinto que no conocía. Su conocimiento del lugar le daba una ventaja y tenía que sacarle partido. La discreción estaba condenada al fracaso, la velocidad establecería la diferencia. Debía escapar antes de que «ellos» subieran a la segunda planta. Su inmovilidad había sido lo suficientemente larga como para que ignoraran donde se encontraba con exactitud.

De un salto, alcanzó los paneles correderos de su cuarto, al otro lado del pasillo, en pocos pasos llegó al balcón; sus gestos ciegos tenían la precisión de la costumbre, y esta no lo traicionó. Abajo, el movimiento era confuso, se aceleraba, las voces subían, resonaban, graves, voces de hombres, la precipitación pasaba a ser palpable, el impulso de un cuerpo hacía crujir los escalones.

Toshi franqueó la balaustrada y trepó al muro que separaba su jardín del de los vecinos más cercanos, y que limitaba unos metros más allá con el jardín del

templo. Prudentemente, tratando de conservar el equilibrio, avanzaba a una velocidad desesperante; cada segundo contaba, pero mientras más se acentuaba la urgencia, los gestos parecían ralentizarse más, como independientes los unos de los otros.

Por fin, el jardín del templo. Más allá de los edificios, divisó las puertas que daban a la calle. Respiró hondo, saltó, cayó torpemente y huyó, no sin resbalar en los gujarros y arañarse el tobillo izquierdo; el dolor le arrancó una mueca. Mientras saltaba, no vio al hombre llegar a toda velocidad al balcón; simplemente lo oyó proferir un juramento y lanzar, un apremiante: «Al templo, de prisa, hatajo de brutos». El hombre había tenido tiempo apenas de entrever la silueta de Toshi que se lanzaba en el aire, flotaba y desaparecía.